

ALAVESES NOTABLES

MORAZA.—OYANGUREN.—IRADIER

MORAZA

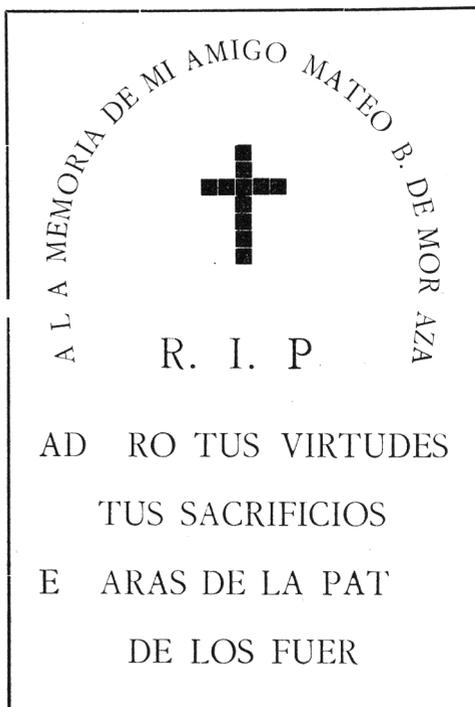
DÍAS pasados estuve en el cementerio de Santa Isabel, verdadera necrópolis vitoriana, que cuenta con más de dos mil panteones y mausoleos, muchos artísticos, y hermosos y cuidados jardines, y visité, en compañía de mi nieto, la tumba de Moraza, después de haberlo hecho con los panteones familiares.

Mi acompañante, aficionado ferviente de las bellas artes y de los hombres eminentes, y, a pesar de su poca edad, dado a estudios arqueológicos, asistió con interés a la visita.

¡Y en qué deplorable estado se halla! Rota, maltrecha y desencajada la lápida colocada en el enterramiento.

Ante aquel triste espectáculo, mi acompañante sacó unas cuartillas, enristró el lápiz e hizo el croquis que publicamos en la presente página.

La lápida está rota casi por la mitad; faltan letras y ha desaparecido el ángulo inferior de la derecha, que falta por completo.



Fácilmente se reconstruye la leyenda de la lápida, que decía de esta manera:

ADMIRO TUS VIRTUDES,
TUS SACRIFICIOS
EN ARAS DE LA PATRIA Y
DE LOS FUEROS

Se conoce que la labor *iconoclasta* realizada en el enterramiento del patriótico defensor de los Fueros vascongados es obra de algún fuerista rabioso, de aquellos que cuando la supresión de nuestro viejo régimen foral gritaban a voz en cuello que a los Fueros se les hiciera femenino.

Es un buen contraste. En la plaza de la Provincia se admira la estatua levantada para perpetuar la memoria del defensor de los Fueros, y en el cementerio, en la incomparable necrópolis vitoriana de Santa Isabel, una mano criminal ha hecho lo que nunca debe hacerse; un doble crimen, profanando el sagrado recinto y destruyendo lo que todo el mundo respeta (hasta los salvajes): una tumba.

OYANGUREN

Al Sr. Dr. D. Ernesto R. Oyanguren no tengo el honor de conocerle ni siquiera de vista, alegrándome mucho de ello, al menos en estos momentos, porque de esta manera no estoy influido por su persona, que debe ser muy simpática y comunicativa, ni por el espíritu de compañerismo y camaradería, ni por la amistad, que tantas cosas malas nos hace callar y tantas tonterías nos hace aplaudir en algunas ocasiones.

Ignoro si es grande o chico, alto o bajo, gordo o delgado, joven o viejo.

Tampoco sé si viste con elegancia o es descuidado su indumento. Supongo lo primero, porque siendo ferviente adorador de las musas tiene que ser atildado en su indumentaria, porque estando estas señoras, como es sabido, de inquilinas en el Olimpo, no les agradaría la gente mal trajeada y mal oliente, ya que por aquellas regiones se viste bien—aunque con poca ropa—y no se huele a nada, que no es oler mal.

Desconozco, igualmente, si come y bebe bien (beber bien no es beber mucho y menos emborracharse, sino saber lo que se bebe y tener el gusto educado. En suma, ser un *gourmet* de verdad), desconozco-

co, repito, si come bien y bebe bien, aunque me inclino a creer es partidario de los buenos platos y de los vinos de buenas marcas. Tengo un dato para juzgarlo así, porque quien come mal y bebe peor, y no bebe más que agua fresca, pura y clara, ve visiones, es medroso, no da pie con bola y lo que hace de mal modo y a fuerza de fuerzas. Hace ya mucho tiempo que se echaron al olvido aquellas rancias preocupaciones, mantenedoras de estúpidas teorías, de que la inteligencia no funcionaba bien sino teniendo el estómago vacío. Ahora se opina lo contrario—se prueba—: una buena despensa es el *pendant* de una buena biblioteca. En los mejores pensionados extranjeros lo comprenden de ese modo y los resultados son positivos, lo mismo en el número de alumnos como en los resultados que éstos ofrecen por su aprovechamiento.

Se opina ahora que «tripas llevan piernas y no calzas nuevas»; es decir, que quien bien come produce bien, y Oyanguren produce mucho y produce bien. Ahí está para probarlo la prensa local, donde tan frecuentemente aparece la firma de este literato: y si no aparece a diario es porque el exceso de original inaplazable y el poco espacio disponible no consienten que la firma de Oyanguren se vea a diario en estos periódicos. Me maravilla cómo hace unos pocos días, en un periódico más frecuentado por su colaboración, el Director pudo arreglarse para dar cabida a dos columnas de versos del fecundo poeta, que, seguramente, no fué por falta de original urgente, sino por la belleza de la rimada composición. Y casi con esto queda hecho el juicio crítico de la personalidad literaria que me hace escribir estas cuartillas, pero tengo mucho gusto en dar a la estampa otros detalles relacionados con el hijo adoptivo de Jinotega (Nicaragua).

Induce a creer que Oyanguren es admirador honrado y sincero del bello sexo, una galería de «Bellezas vitorianas» que he tenido a la vista unos cuantos días, por haber sido Jurado en los últimos Juegos florales aquí celebrados el mes de Agosto de este año; en la que se retrata fielmente—y sin retoque—a muchas bellas vecinas nuestras, vitorianas y no vitorianas. Como a la cabeza del *retrato* va el nombre de la retratada, se observa que los bellos versos que forman el retrato no han mentido. Y cuidado que con tanta chica guapa como vive en Vitoria, la citada galería es una obra magna, para decir la verdad y no incurrir en repeticiones y contradicciones.

No es sólo esa galería de «Bellezas vitorianas» lo que constituye el

bagaje literario de Oyanguren. En Lima, capital del Perú, publicó hace años un tomito lujosísimo, honor de la tipografía peruana, uno de cuyos ejemplares encuadernados tengo delante, titulado «Muestras literarias», en verso y en prosa, en cuyo trabajo se dedican patrióticos recuerdos, en dos o tres capítulos enteros, a Vasconia.

Acabo de hojear, leyéndolo con la atención merecida, un folleto conteniendo el hermoso «Discurso» pronunciado en el banquete celebrado el año 1915 en León, capital de Nicaragua, con motivo de la consagración del Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Canuto José Rojas y Ballesteros, obispo de Granada, en Nicaragua.

Forma otro folleto, muy bien impreso en Nicaragua, una «Oración fúnebre» pronunciada en León ante la tumba de Ruben Darío el día 8 de Febrero de 1917, primer aniversario de su muerte, comisionado por el arzobispo Pereira y Castro.

Como trabajo profesional de su carrera de abogado, es muy notable y digno de estudio el folleto «Crimen de Alejandría», defensa de José León Osorio, pronunciada ante el Juzgado primero superior del distrito judicial del Centro de la capital de la República nicaragüense, llevando al Jurado el convencimiento necesario para conseguir resultado.

El literato que me ocupa es como prosista castizamente castellano, sin que hayan influido en sus escritos y publicaciones, americanismos de ninguna clase, y como poeta tiene de maestro a Bartrina.

En resumen: es un hombre correcto, ilustradísimo, popularísimo en Nicaragua, no obstante su calidad de extranjero, que conoce muy bien, por haber visitado las repúblicas centroamericanas y las demás iberoamericanas del continente sur de América, por las cuales llevó bien siempre el nombre vasco.

Una mala noticia—si resulta confirmada—tengo que dar a los lectores: el doctor Oyanguren se vuelve a América. Glosando el discurso de despedida que el doctor pronunció en Jinotega, le diré: si se va, el partir no indica separación, significa sólo ausencia y la ausencia hace, en ocasiones, veces de consolidación.

En resumen, Oyanguren es un patriota entusiasta, un inspirado poeta, prosista castizo, orador fácil y abogado conocido y estimado en aquella república del centro de América.

IRADIER

El leído diario *A B C*, importante periódico madrileño, insertó en sus columnas hace unos días un trabajo del conocido escritor D. José Ortega Munilla, del que entresaco estas líneas:

«El ilustre comandante de caballería D. Teodoro Iradier es, ante todo, un espíritu original, y su originalidad consiste en que, en la triste era de descaecimientos espirituales que atraviesa la Patria, dedica su perspicaz talento y su enérgica voluntad a vigorizar el ánimo público, estudiando los modos de recoger los elementos de la nueva vida. Especie de milagro, como el que realizaría el cirujano que reuniese las fibras de un músculo roto, uniéndolas en un haz, susceptible de movimiento. Cuando la mayoría de las gentes que llamamos cultas se embriagan en la admiración de lo ajeno, y es preciso que allá surja la voz peregrina de un amador de nuestras glorias para que alguien piense aquí en ellas, es originalidad singularísima la del hombre bueno que sermonea la noción del entusiasmo e intenta llevarla a los distraídos. Sólo por eso, aparte otros méritos relevantes y acreditados, experimento yo viva simpatía hacia el comandante Iradier, el noble teorizante de «Los Exploradores», el creador de «Los Hidalgos de la Patria», el curioso investigador de la psicología castiza, el tenaz propagandista.

»El acaba de dar a la estampa otro libro, que se titula «Hacia un nuevo tipo de español. Planteamiento de un problema de educación nacional».

»Constituye este volumen un paso adelante en la campaña que solo, sin auxilios de nadie, y acaso entre la indiferencia ambiente, realiza el digno soldado. Yo me considero en la obligación de anunciar el sonoro aldabonazo que un puño recio ha dado en la poterna. Y sin discutir, ni examinar siquiera el proceso ideológico que Iradier sustenta y desarrolla, cumplo el deber que me ha sido impuesto, deseando fortuna al abnegado luchador que así ejerce el altomagisterio de la raza.»

Iradier, además de comandante de Caballería en un regimiento de la guarnición de Madrid, es ayudante honorario de S. M. el Rey. Es vitoriano y tiene aquí su familia: su padre, del mismo nombre y apellido, es un ex comerciante e industrial acaudalado.

Oyanguren es natural de Villarreal de Álava y vive en esta capital con su madre y hermanas.

Moraza no tiene aquí parientes próximos, y era vitoriano.